



XIX.

DOS COMPADRES.

Al día siguiente, por la mañana, Don Eduardo Velázquez llegó al palacio del Gobierno del Distrito antes de la hora habitual. Serían las nueve. Con paso rápido subió la escalera y atravesó la galería poniente. En la antesala de su despacho interrogó al mozo de oficio que se puso de pie.

—¿Ha llegado Tecla?

—Sí señor; está adentro.

—¿Y el señor Gobernador?

—No lo he *sentido*. Con el permiso; voy a ver, añadió solícito el mozo dirigiéndose a las oficinas del Gobernador.

En el despacho estaba, en efecto, el secretario Carlos Tecla. Acababa de llegar, en virtud de

Capítulo XLV
U. A. N. V. 11

un recado que recibiera de Velázquez el día anterior ordenándole presentarse a las nueve en “el Distrito” en vez de ir, como de costumbre, a su casa de la Rinconada.

—Hola, Teclita! dijo entrando. (Fué un *ola* sin *jota*, por lo bajo, que desdecía de su estilo autoritario); si lo he hecho venir aquí, es que tengo que hablar al Gobernador y tal vez con-
testarle en seguida. Ya sabe Ud.! esa cuestión de mi circular a los prefectos me ha salido mal... El Gobernador les ha dirigido otra en que les dice que no es a mí, sino a él a quien deben rendir el parte diario.

Todo esto lo dijo paseando con retenida agitación, en tanto que Tecla permanecía frente a la máquina de escribir, en actitud de esperar el dictado. El Inspector se paró en medio del despacho, los ojos al suelo y la mano al bigote.

—Huizachadas ¡qué caray!... y me pide que informe... Tendré que parar el *ramalazo* con una renuncia.

—Señor Inspector, interrumpió el mozo de oficio tocando y entreabiendo; el señor Gobernador está en su despacho; pero va a salir... Si desea Ud. hablarle...

—Bueno; voy de una vez.

El Lic. Rebollar, Gobernador del Distrito, ter-

minaba el acuerdo matinal con el Secretario, cuando el Inspector Velázquez se le presentó con ánimo de parar la coartada.

—Lo que he hecho ha sido por el bien público.

A lo cual el abogado disparó á la Talleirand: “Es exceso de zelo!” Me invade Ud. mi campo. Deje que los Prefectos del Distrito me rindan su parte diario.

Insistió Velázquez, enfadóse el Gobernador; y como aquel hablara de renunciar el puesto, éste lo detuvo:

—Antes convendría que dejase Ud. en claro esa desaparición de un padre Tortolero de que habla la prensa.

Felizmente para Velázquez, tantos, antes del Gobernador, le habían interrogado en igual o peor sentido, que tenía bien preparada su respuesta:

—“No es más que el desconocido que murió hace días en la 5ª... El padrecito se las ponía; y sí que se las ponía! Todo está en claro! El acta de la 5ª y el certificado de auptosía coinciden... Murió de ebriedad.”

Y se retiró triunfante, agitando el espectro de su renuncia.

Empezaba a dictársela a Tecla cuando resonaron los campanillazos del teléfono. El mismo

CRONICA APOCRIFIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. P. I.

fué a la bocina.—“¿Con quién hablo?”—“Conmigo, Penequez.”—“Hola, doctor, ¿que hay de bueno?”—“Ya he reconocido a la demente. Todo está listo. Mande por ella a alguno de confianza que la lleve a la Canoa.”—“Bueno! voy a mandárselo.”—“Urge que sea pronto.”—“Estará allí dentro de un cuarto de hora.”

El Inspector guardó la renuncia sin firmarla. . . . Ya la llevaría personalmente; no al Gobernador ni al Ministro de Gobernación, sino al Presidente. . . . Sacó el reloj. . . . No tenía tiempo que perder si quería estar en la Presidencia a la llegada de Don Porfirio. Antes dejaría arreglado lo de Elvira.

—Llámeme a Cabrera, dijo a Tecla.

Cabrera era el jefe de la “Seguridad” o sea “policía secreta.” Pero permutando la orden, añadió:

—Mejor quédese aquí, por lo que se ofrezca. Me voy, y de paso iré a *la secreta*.

Entre saludos profundos y cuchicheos lisonjeros de “ahí va el Inspector general” atravesó galerías y oficinas, hasta una medio escondida encima del patio del fondo. No estaba Cabrera en su tenebroso despacho. Andaba fuera, absorbido en sus secretas funciones. Otros esperaban

al Jefe. El más caracterizado era el Inspector de la 2ª, Don Antonio Vicencio.

¡Todo un prócer polizaico este Vicencio! Antes de abordar la carrera gendarmeril, había sido actor dramático del teatro Hidalgo. En su nuevo oficio guardaba resabios del antiguo: aire finchado, faz lampiña a fuerza de navaja, tendencias efectistas, deseos de adaptarse y hacer *papel*. Era, entre todos los inspectores, el preferido de Velázquez, su socio natural de franquelas y ambiciones. Por otra parte, se entendían a maravilla, gracias a una concepción idéntica de la lucha vital. Sin haber ni uno ni otro leído jamás el “Origen de las Especies” eran ambos darwinianos militantes, estimaban la fuerza policiaca de que disponían como una maza útil para aplastar al enemigo o al concurrente. . . . El arte consistía en saber golpear sin dejar ver el brazo.

Se saludaron con fruición. Velázquez habló de su reyerta con el Gobernador. . . . “Los prefectos, el fraile muerto ¿qué sé yo?. . . . A mí me cargan los abogados en el poder. Este a todo sale con huizachadas.”—“Contra el huizache, desmontar,” observó Vicencio; y con su mano regordeta y blanca, una mano cuidada de galán joven, hizo ademán de segar. Sus ojos rasgados

CAPITULO SEPTIMO
PRIMERA PARTE
V. A. N. V.

y negros rieron con una malicia que encantaba al Inspector general. Hablaron luego del objeto que los llevaba a la Secretaría. Vicencio acudía allí frecuentemente a caza de “complots,” cualquier complot aunque fuera de monederos falsos, algo que le permitiera ejercer sus facultades, afianzarse, subir. . . . Esa vez, otro fin especial le traía: recomendar para *secreto* a “este pobre que fué lagartijo y ha venido a bruja.”

Así hablando, Vicencio señaló a un desarropado, sentado en un banco, entre varios pretendientes. Era nuestro Arnulfo Arroyo. Se le había pegado en la calle al inspector con i chica; y al ver entrar al Inspector con i grande, sentóse a un lado en asecho. Viéndose señalar, se puso en pie, huraño y burlón, en estado de semiembriaguez, porque era todavía temprano para la embriaguez completa.

—¿Este borrachín! exclamó Velázquez. ¿Pero qué? ¿No pasaste a Belén por tu jarana del otro día?

—Sí pasé; pero me soltaron luego. . . . Ya no me quieren ni en Belén.

—Y ahora se te antoja que nosotros te queramos! ¿y para qué? ¿para guardar el orden?

—¡Cuántos de los que lo guardan son así! hizo observar Vicencio, en auxilio de Arroyo.—Y

como se me ha pegado ¡quién quite! A ver si se compone.

—¿Componerse éste? Es un *bota*. . . . Ni que lo pongan en la horma!

El retruécano fué aplaudido por los ojillos retozones de Vicencio y rechazado así por Arroyo:

—Yo lo que digo, es que para algo debo servir. . . . soy templado!

—Servirías, le dijo Velázquez, para llevarme una loca a la Canoa?

Peró apenas concebida tan disparatada idea, volvió contra ella con voluble intento.—No! es cosa muy seria para tí.

—Yo no sirvo para loquero!

—Ya veremos de qué sirves, replicó Velázquez lanzando al pelado siniestra mirada; y volviéndose hacia Vicencio, le expuso como lo más sencillo el asunto de la histérica. Agregó que, no llegando el oficial Cabrera para darle un hombre de confianza, bueno sería que él, Vicencio, la llevase personalmente al manicomio. Lo que empezó en súplica acabó en orden policiaca:

—Tome el “pase provisional” ordenó Velázquez sacando un pliego preparado la víspera. En seguida bajó la voz para poridades de trá-

CAPITULO AL FON ESTAD
DIRECCION GENERAL DE INSTRUCCION
U. A. N. N. N. N.

mite. . . .“Nada de huizachadas!” fué lo único que sorprendió Arroyo de este fin de diálogo.

Poco después, el grupo se trifurcó: Velázquez a la presidencia; Vicencio a la Tlaxpana, ¿y Arroyo?

Bajó las escaleras, agria la boca, agrio el estómago, agria el alma. También el alma se acidifica al par de los jugos vitales en fermentación. Una ira sorda le roía las entrañas contra la humanidad circundante, contra todos los que bajaban como él, los que le cruzaban sin hacerle caso en la escalera y en la galería de salida. Tenían el aire ocupado, de negocio. Toda esa gente negociaba con el desorden. . . .Borroneadores de actas de borrachera, alguaciles que arrastran al que titubea, médicos y practicantes organizadores de golpes de amoniaco; luego los negociantes gordos, los que se hacen ricos traficando con indumentaria y garrote (para los apaleadores), con camisas de fuerza (para los apaleados), camillas, carros de tabaquería transformados en remolcadores de recua empulcada. . . . Todos, grandes y chicos vivían por él y a costa de él. Si él y sus congéneres no se emborracharan, faltaría a todos esos mercachifles el pretexto de ganar dinero, morirían de hambre. En vano había intentado meterse entre ellos, tener un

cachito de pitanza como pobre “soplón”. Ni eso!

Es lo que en el trayecto de “la Secreta” al portal de la Diputación hilvanaba el miserable alcohólico en su alma acidulada. Porque no hay duda: en la sociedad los espíritus se dividen en dos grandes clases, análogas a las dos grandes modalidades de la materia. Los hombres se comportan como los ácidos o como los álcalis; van al uno o al otro polo del mundo moral, dispuesto invisiblemente como inmensa pila; atacan o conservan. En presencia de las policías urbanas se determina la *clase*. . . . Cuando un gendarme toma por el brazo a un civil en un caso de culpabilidad discutible, un grupo se forma, y surgen dos partidos. Un partido que dice: “Sí! llévatelo!” es el de los alcalinos. Otro que dice: “No! Déjalo!” es el de los ácidos.

Deteniéndose un momento en el portal de la Diputación, Arroyo vió la gran plaza teñida al parecer de amarillo triste, como si la hubiesen bañado en azafrán. Se movió hacia el Zócalo y vió amarilla la Catedral, trasplante marchito de la decadencia romana, amarillentos el churrigueresco Sagrario y el murallón del palacio nacional con sus claraboyas, troneras y almenas de piloncillo; amarilla la campana de la Inde-

CRONICA
U. A. N. P. I.

pendencia, traída en triunfo hacía un año del pueblo de Dolores, y colgada sin arte en lo alto del balcón central, abandonada a la intemperie como el observador mismo. . . . peor que él! Lo echaban a él, Arroyo, a un separo de comisaría para dormir la cruda, mientras la pobre campana sin un nicho, sin un cobertizo, se aguantaba insolaciones y tormentas en cueros, bajo su copete de palo amarillo. . . . todo amarillo, todo miserable, visto a través del ácida bilis que le salía a los ojos ictericos.

—“A mí no me tantean éstos. Están *conchavados*. Allá foguean y aquí bendicen.”

Se lo dijo á un *amigo* señalándole alternativamente los dos templos y el palacio. Su acre ilusionismo le hacía ver fusiles en las aberturas del caserón virreinal, bocas de cañones entre las almenas fogueando a las recuas en una larga San Bartolomé; clérigos bendiciendo el acto de lo alto de los templos, en intercolumnos, nichos, repisas, volutas, encaramados en cada rama del pétreo bosque.

El amigo a quien el ebrio se dirigiera deteniéndole al paso no era más que aquel mismo Antonio Milanés, floreador y trompeado. Sin haber descendido hasta el nivel de Arroyo, andaba cercano a “la bruja,” destripado de Medi-

cina, merodeando por el palacio del Distrito, en busca de un empleillo, siquiera fuese de gendarme.

—Oye, hermano, estoy muy “bruja.”

Así confió sus cuitas a Milanés volviendo con él hacia el portal del palacio. El impetrado le cedió la mitad de su capital, consistente en veinte centavos—a tiempo que Vicencio se separaba de Velázquez en la acera, y tomaba un coche colorado, ordenando: “a casa del Dr. Penequez.”

—Ya va por la muchacha, pensó Arroyo viendo y oyendo al inspector de cuartel. Y concluyó: “¡Qué barbaridad! Van a enjaular una inocente!”

Se acercaban las once. Arroyo no esperó a que sonara esta hora clásica que señala a todos los alcohólicos mexicanos el recomienzo de las diarias libaciones. Dejó a Milanés en el Distrito, entró en un *bar* de la calle de Tlapaleros, y sin interrupción apreciable, agotó tres copas de mezcal que solicitó con éxito del cantinero, al fiado. Crecieron a cada copa sus instintos de contra-policía. Había clamado a Vicencio, y Vicencio no le oyó. . . . o le oyó mal, por la oreja de Velázquez. Y pues ambos le cerraban las

CAPITULO ASESINATO
U. A. N. P. 17

puertas, iría él, Tenorio leperuzco, sin capa ni espada a “verles chuela.”

“Ver chuela” a alguno equivale en la jerga mexicana al “tomarle el pelo” de la española. Sólo que la “chuela” tiene más fuerza cínica. Es la revancha de la recua impotente, el sarcasmo de Diógenes en su tonel contra Alejandro el Grande, porque le quita el sol.

Los diez centavos de Milanés sirvieron al ebrio para pagar los seis improrrogables del asiento en un carro de Santa María, tomado al paso en el Refugio. Llegó a la casa de Penequez cuando estaba todavía a la puerta el “colorado” de Vicencio. No tardó éste en salir con la asendereada Elvira, semivelada con su tapalito.

—No te la lleves, Vicencio, gritó el beodo.

Y como el coche se pusiera en marcha lentamente, siguió tras él gritando: “Déjala! no te la lleves!” Al llamado de Vicencio, un gendarme estacionado cerca de la pulquería “Las Ninfas,” se acercó al coche que se detuvo un momento.

—Llévate a la 5ª a aquél que me viene siguiendo, ordenó el inspector de la 2ª

—Está bien, mi jefe!

El gendarme, antiguo conocido de Arroyo, se le acercó dulcemente, palo en mano.

—Oye! tengo que llevarte.

—Bueno! pero antes nos echamos una.

—Qué una! Andale. . . . a la 5ª!

—De veras! Yo te convidó. Allí me fían.

—Pero no más una chica, observó el guardián del orden tras breve vacilación.

Juntos bebieron en “Las Ninfas”—casi nada, una medidita rociada de aguardiente—y prosiguieron hacia la 5ª Inspección.

CRISTINA ALONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
U. A. N. L. I.



XX.

EN LOS LIMBOS DEL CRIMEN.

Era un domingo de mediados de Agosto. Velázquez estaba flamante, como el traje que había estrenado en la mañana: levita negra cruzada y pantalón bayo. Había asistido a una ceremonia oficial en el teatro Arbeu, una distribución de premios escolares presidida por el Jefe de la República; y tuvo a gala exhibirse en el estrado, entre los Ministros y algunos miembros del Cuerpo Diplomático. Tomó asiento al lado del Ministro de España, Conde de H. . . . ¿Qué le importaba que éste llevase alto título nobiliario? Mejor lo poseía él, Inspector General, encargado de velar a la cabecera de la Sociedad por la propiedad y la vida. . . . Sonó el himno nacional, sonaron discursos y versos; él, con la pier-

CAPÍTULO ALFONSO
D. A. N. P. I. I.

na cruzada, no se cambiaba por su vecino, el grande de España de primera clase. Si él no estuviera allí, todos correrían peligro. El los guardaba con sus gendarmes distribuidos en patrullas dentro y fuera del teatro. Un vago deseo le asaltaba de que ocurriese algún siniestro, que alguien echase una bomba, se lanzase contra el Presidente. . . . ¡Cómo se vería entonces su importancia! Y ¡qué subida desde el puesto de Inspector a lo más alto de la escala social! Gobernador del Distrito sería poco; bien valía un Ministerio la salvación del Presidente y del país.

Estos pensamientos le volvieron a asaltar, mientras sentado a la mesa, en la casa de las Cariátides, tomaba los postres en compañía de su amigo y subordinado Vicencio, servidos por el indispensable Cándido Cuéllar. Vino un *pudding cabinet*, regalo de un pastelero con bar anexo que pretendía dulcificar, por ministerio de Velázquez, sus derechos de cantina; vinieron el café, copas de cognac, cigarritos. Se desbordaron las expansiones. Hablaron de “los negocios de policía” y se lamentaron de que no los hubiera “gordos.”

—Yo, dijo Vicencio, me contentaría con levantar el monte en una encerrona. Algo me ha-

bía de tocar! Pero no se puede. . . . ¿qué necesidad tienen de encerrarse si está abierto el *Jockey*? Los que se encierran lo hacen para jugar otra cosa, como la noche en que me los hallé en casa de la güera Simona. Jugaban dos doncellas, en lotería de animales, a veinte pesos el escote ¿Qué podía yo hacer?. . . . Todos de *fuero*. Regidores, diputados, hasta un Gobernador! No se pudo!

—Yo, repuso Velázquez, quisiera algo para afianzarme. “El Caudillo” no me aceptó mi renuncia; pero. . . .

Y expuso sus cuitas. Lo del padre Tortolero “estaba levantando demasiada polvareda.” De nada le valió encerrar a Elvira Resendis. Otros también le achacaban el muertazo de la 5ª ¡Como si él tuviera la culpa de que el padre *se las pusiera!* ¡Y vaya que se las ponía en amable jolgorio! Salieron a relucir los amores del cura, no sólo con Elvira; Velázquez y Vicencio le colgaban otras dos.

—Todo está muy correcto, exclamó Velázquez. Oficialmente, ese cura se murió de borracho con todas las formalidades de ley: primero el certificado de congestión del médico, luego el de los legistas confirmando, y sin embargo. . . .

COPIA ALFONSO
U. A. N. E.

Velázquez sacó dos periódicos de su bolsa de pecho.

—Aquí está “La Vindicta,” dijo, desplegando uno de ellos y leyó:

“¿No es acaso notable que personas regularmente vestidas y de aspecto decente se mueran como perros en la Comisaría y que antes de ser identificadas, se les sepulte a la trompa talega? ¿No es esto vergonzoso para la policía que nada sabía?”

—Ja, ja, ja! (Risa de Velázquez.)

—Jí, jí, jí. (Risa de Vicencio.)

Continuó la lectura:

“Graves sospechas.

Refiérese que en la Comisaría fué expuesto el cadáver, aunque no hay constancias de ello. Lo que se hizo fué poner en la Diputación el retrato del *congestionado*. Graves son los rumores que circulan en público acerca de la desaparición del cura Tortolero y de la muerte por congestión del enfermo no identificado..... Desaparecido, congestionado ó envenenado, como dicen varias versiones, son lamentables las deficiencias de la policía y las desapariciones y muertes misteriosas de los ciudadanos”.....

—¿Y a mí qué? Si eso no es oficial ni siquiera *semi*. No hay más *semi* que el “Justiciero,” subvencionado para emitir opiniones semi-oficiales.

Y “El Justiciero” dice que todo está bien. Ya lo habrá visto Ud.; pero fíjese en ésto, añadió desplegando el diario y leyendo:

“Se ataca de nuevo a la policía, se infiltran hipótesis pérfidas que hieren a personas honorables; se buscan los móviles de un gran crimen, se supone un poder trágico... en fin, se sacrifica la lógica, el buen sentido, la verdad que brota de esta sencilla frase del certificado de autopsia: “murió de congestión alcohólica.”

—Qué bien! dijo el Inspector general, doblando cuidadosamente el “semi” ¡Lo que es contar con médico-legistas y con redactores! Esto sí que es oficial! Yo me burlo de todo lo que no es oficial. . . . Uno puede encarcelar, robar, matar, con tal de que podamos timbrar nuestros actos con cualquier estampilla legal.

—De veras! apoyó Vicencio y además, cuando se hace un bien al matado. Matar a un Tortolero no es hacerle mal. Porque hay hombres tan *amolados* que se les presta un servicio. . . . borrándolos del catálogo.

—Eso es! Ni vale la pena de decir “matar” cuando se trata de ciertos pobres. Digamos “borrarlos” ú otra cosa por el estilo: “eliminarlos,” “darles agua”. . . . Y eso de que “tanto peca el que mata la vaca como el que le tiene la pata” es una barbaridad. Ni uno ni otro pecan.

CRISTINA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I. I.

Alegres, los dos grandes polizaicos celebraron con chupetes de cigarrillo y tragos simultáneos de cognac su conformidad ideológica.

Velázquez se puso en pie, visiblemente animado por el giro satisfactorio de la conversación. Machacó sobre “la oficialidad” de su posición y de su porvenir que le hacían desdeñar las incumbencias de su empleo. A su modo de ver, había dos clases de policía, una policía vulgar que consiste en llevarse a la cárcel para que los suelten luego a los rateros, borrachines y otros miseros transgresores... Este género de policía no le halagaba; gustábale la otra, la alta policía que aspira a dirigir los negocios de Estado, asegurar vidas y bienes de personajes; la que se ejerce en los ministerios, cámaras presidenciales, urdiendo intriguillas, husmeando conspiraciones delatables. Esa policía politiquera entrañaba peligros bajo el gobierno de un Presidente que se proponía excluir la política de la Administración.

Por lo cual concentraba sus miras en el Jefe mismo del Estado; procuraba ponerlo bajo su égida salvadora. Frescos estaban los asesinatos de Carnot y Mac-Kinley. Un complot contra Porfirio Díaz resultaba oportuno.

—Dejémonos de pen. . . alidades! En vez de buscar tahures, monederos falsos, burdeles de ta-

padillo, vamos a descubrir algún complot contra el Presidente. Hoy lo estaba pensando en el estrado de Arbeu. Si saliera algún pelado a echarse sobre el Caudillo! entonces sí que me luciría!.. Yo quisiera un buen atentado.

—Verdadero, no puede haberlo contra el general Díaz, observó Vicencio; la verdad es que... está muy macizo.

—Ah! por supuesto! Se trata de atentado falso.

—Yo tengo muy buena gente, dijo el inspector chico. . . . “lebrones” (*) de cuchillo. . . .

—Cuchillo, cuchillo, repitió el Inspector grande, preocupado. Como viera a su alcance uno de postre, lo empuñó, y volviéndose á sentar, se puso a esgrimirlo contra un plato.

—De correr sangre, correría acaso después. Primero, sólo quisiera una *poteforma* de atentado.

Como tantos vocablos en uso entre la truhanería mexicana, falta también ese en el Diccionario de la lengua. Velázquez lo scltó, y Vicencio lo tomó al vuelo. Entre sus reliquias de comediante, guardaba la de cultivar tanto el pulero como el canallesco lenguaje.

(*) En figurado regular “lebrón” es un hombre tímido; pero nuestro caló le da un sentido precisamente contrario.

COPIA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. U.

—Hasta para una *poteforma* se necesitan lebrones de oficio.

—No tanto! Un loco, un pelado cualquiera que se le eche encima al Caudillo y se da el golpe. Yo lo salvo.

—¿A quién? ¿Al pelado?

—No! Al Caudillo!

—Es que el pelado corre más peligro. Lo fusilan! . . . Yo creo difícil encontrar ese loco que coma lumbre.

—Hay hombres para todo, repuso Velázquez. Y además, si se le engaña, si se le hace creer que atacando al Presidente no sólo no le pasa nada, sino que gana en celebridad primero, en posición después.

—Eso sería tenderle al pelado una “doble alazana,” pero.

Una estridente carcajada de Velázquez impidió a Vicencio desarrollar ampliamente su tema, robado a los jugadores de garito. “Tender una doble alazana” expresa entre ellos un plan maquiavélico combinado por los jugadores A y B para despojar a C.—Es el caso que A dice a B: “Vamos a robar a C en un pokar de tres.” En el curso del juego las inteligencias provechosas no se establecen entre A y B sino entre

A y C, con perjuicio de B, víctima de la “doble alazana.”

Vicencio continuó:

—Pero para la “doble alazana” sería preciso que el Caudillo entrase en combinación contra el pelado, lo cual, aun suponiéndolo, es otra barbaridad.

—Quiere decir que sería una “doble alazana” reformada.

Poco a poco la conversación pasó los límites de la hipótesis, tomó el tono de un proyecto en maduración.

—¡Como no nos salga el tiro por la culata! El pelado, aprehendido después de la hazaña “cantará”, dirá todo.

—Lo aseguramos a tiempo, replicó Velázquez haciendo rechinar el cuchillo en el plato. Y si no ¿qué importancia tiene lo que diga un loco? Aunque no esté rematado, lo hacemos declarar tal por cualquier médico-legista. No faltarán. . . . Yo con locos y médicos legistas estoy seguro de abrirme paso.

—Acuérdese de mí, cuando llegue a Ministro de Gobernación, insinuó Vicencio.

Tan embargado estaba Velázquez por su plan de grandeza, que no descubrió una punta de suave ironía en la postrera manifestación de su

CAROLINA A. POA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. M. P. I.

subordinado; antes bien la tomó en serio y contestó:

—Sería usted Inspector General del primer golpe; después.....

Sonó el teléfono.

—A ver, Cándido! Toma la bocina. Pausa. Nuevos “chorritos” de Pugibet, nuevas copitas de Martel. Apareció el fámulo.

—Dicen de la 4ª que esta tarde van a sacar en camillas, para enviarlos al hospital, algunos enfermos de la vecindad de Tepito, esa casota de caños azolvados en que hay tanto tifoso; que como las familias se oponen al traslado, puede ser que haya “mitote”..... Que si va usted a presenciar?.....

¿A presenciar qué? ¿El “mitote”? No habrá nada. A mí ya me dió el tifo de muchacho. Estoy vacunado. Pero no me hacen gracia las escenas de vecindad. Eso es extra-oficial. Mis deberes oficiales me llaman a otros puntos: a las cuatro a la novillada de Chapultepec, a las cinco al frontón Jai-Alai, a las seis al Principal. En la novillada voy a presidir con el regidor Marchena.... Mitote puede haber, y esos sí que me gustan, los mitotes toreros.... En el Frontón tengo que ver un partido que se anuncia muy bueno entre Irun y Abando. Al Principal no

quiero faltar. En el tercer acto, “la Revoltosa”..... Estaré en el palco del Ayuntamiento. Si vas a buscarme para algo, y no me ves allí..... es que estaré en bastidores, en un camarín..... Como si no lo dijera.... Cállate!.... Conque respóndele al de la 4ª que no podré ir a Tepito, porque estoy muy ocupado.

Apenas hubo salido Cándido con destino al teléfono, Vicencio se acercó a Velázquez para decirle en voz baja:

—Don Eduardo! ¿Qué le parece Cándido para el atentado?

—No, hombre! No vale para eso. Necesitamos un loco “templado”..... Ah! Ya creo que tengo uno. Mañana le haré venir.

Y se pegó una palmada en la frente.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
U. A. N. U. I.